

No podía estar ausente de todas estas fiestas de otros devotos religiosos  
momentáneamente apirituualistas. una doncella en Tula, en Jerusalem, donde  
ni un ambiente familiar era piadoso, deigno <sup>(tradicionemente)</sup> recordarse, vinculada en el  
Templo o viviera a su vera, perviviendo las grandes voluntades de la liturgia  
& hebraica, cuando todo el conurbano de la Ciudad Santa se poblaba  
- como nos certifica Flaminio Tresp - de tiendas de los peregrinos, unidos de  
las mas ligeras regiones del euromerico, cuando sobre el humo de los sacrificios  
se levantaban los cánticos <sup>los salmos</sup> fervidos de la heresia y de implicación a fin de  
que llegare el "día del favor".

Hay que tener en cuenta principalmente que aquel deseo de legar  
claros fundamentos hebraicos por reacción promovió una especial rotación  
religiosa de algunos <sup>(y espirituales)</sup> ~~espíritus~~ selectos, embelados de amor a Dios, y ello aun  
de la parte Tierra Santa, desde los cenobios y eremios de Anania, sobre  
el Mar Muerto, hasta los altos <sup>(horizontes)</sup> de Jerusalen y aun en la Babilonia, desde  
el camp de Samaria hasta las tierras del delta egipcio. Se rezaba, se imploraba  
este día y noche el favor, se ofrecía la vida como oblación, a fin de poder  
acelerar el día amenable de sus grandes redenciones. ¡No podían  
quedar desmentidos los paleos cuidadosos de la Profecía, y no  
podía averiguarse la bendición abrahámica, de que a Tresp se le  
decirían todos los vaticios! Aquella pequeña Tierra Santa no podía  
dejar de ser el polo <sup>(espiritual)</sup> el norte religioso de las sucesivas generaciones!

Estas consideraciones deban de ser <sup>sentores</sup> el pan de acción de todos los días  
de algunos relatos y reseñas, verdaderos lampareros que encienden a la faz del

Señor. Y una de ellas, la más pura y suplicante, era una virgen  
jennabatana, hija del sacerdote Joaquín, y de un año, en-  
ganada precisamente a pocos pasos <sup>al norte</sup> de la gran explanada del  
Templo<sup>(1)</sup>. Esta candorosa y religiosa virgen, que en su hogar paternal  
se hubiera embalsamado de todos los alientos y amos santos de Judá,  
estaba, hace poco tiempo, desposada con un justo varón de la tribu de  
Judá, de nombre Josef, y ya en un período esporádico, hereditario le po-  
nía faja virginal<sup>(2)</sup>, la pequeña y humilde aldea de Nazaret,  
enunbada sobre las colinas que por el Norte, crullan el valle del Cedron.  
La vida allí, <sup>la humilde</sup> en Nazaret, sería también humilde y pura, como un  
cuello en aire; se vivía de la casa, construida, en parte, como sótano, a  
generosa fuente que surtía de agua a toda la población, y el rez  
de las implicaciones al Señor, resonaban constantes como un rumor de abejas.

(2) En el período esporádico no había consumación del matrimonio, y además  
muchos en esos, riéndose altas y anóticas conjeturas oportunistas de un tiempo,  
habían hecho uso de libertad, como ofensa al Señor

(1) Datos fundados en antiguas tradiciones y en los Evangelios apó-  
crifos, con lo cual no se pretende que altere debidamente el valor  
histórico.

Y en este <sup>marco, tan</sup> ambiente con el medio espiritista y religioso del Judaísmo  
de entonces, se articula el relato del Evangelio de San Lucas, el Evan-  
gelio de la Infancia, que seguramente había captado el evangelista citando  
de labios de la misma Virgen María. Según que la escena evangelica, lle-  
mada por autonomía, de la Anunciación, ~~salvo~~ se inserta in-  
mediatamente en el contexto ambiental del momento religioso de entonces,  
es más, sabemos que lo conagra, lo define y lo planifica de las infa-  
ltables misericordias del Señor. Pero estas infaudancias carism-  
ticas, <sup>este mensaje,</sup> que se da en aquel momento en la humilde Nazaret, deca-  
a un puro tallo del linaje de Judá, es, en puridad, la respuesta, la  
implicación de otro mensaje, de otra anunciación desde hacia <sup>in-</sup>car-  
nada al patriarca Abraham: por fin, a la entera fidelidad y generosidad  
del Patriarca debió seguir aquel en el que se felicitaron las per-  
soneas. ¡Fueron preciosos sus desfilas de largos siglos pero ya ma-  
durara aquella santa semiente de Abraham! Pero auténticamente  
bleto de <sup>las</sup> infaudables bendiciones del Señor, y es que el exordio  
rio de este mensaje de la Anunciación es precisamente, la celebra-  
ción y millonamiento de un orden natural para lo mejor exacto  
de un orden espiritual. Según la ley bíblica que sigue el desen-

llo de Israel. Nada menos que el Ángel <sup>anunciador</sup> dijo a María,  
después de saludarla como llena de gracia, en comunión con Dios,  
de muy entera virginidad naciera, sin intervención de varón, aquel Vástago  
que ~~est~~ <sup>se</sup> ~~anunciaba~~ <sup>anunciaba</sup> los collados eternos, y en el que debían felicitarse todos  
los pueblos. De modo que una generación sería una como infante, por virtud  
del Espíritu Santo, que espere las gracias divinas entre los hombres. Así  
de un modo imperfecto, por sobreabundancia de gracia ~~del~~ <sup>del</sup> ~~señor~~ <sup>de</sup> ~~que~~  
debe atestiguada infinitamente la profeía de aquel Varón esper  
do, por tantos siglos, en los antepasados de los reyes judíos, y en  
ya venida en el <sup>cori</sup> tene de todos los reinos, de todos los años  
de los piadosos en Judea. El debía ser el premio, la garantía  
de la vocación de Abraham, de la vocación y fidelidad de Israel,  
de toda una recular dedicación martirial en medio de un  
mundo naturalista y generalmente politeísta, el debía ser el  
Campeón del humillado Israel y de un modo, así como el Redentor  
del huérfano caído en las tiranías paganas. He aquí por qué  
somos en la <sup>summa</sup> ~~divinidad~~ <sup>divinidad</sup> de dos vertientes en la historia de la  
humanidad y de Israel: a una edad de esperanzas, de fide  
lidad, necesitamos una edad de recordados y de victorias en el  
camino del Señor, por el que debe de andar todo

buscaba poder y saber adelantarse en la interioridad religiosa de María, Vir-  
 gen y  <sup>futura</sup>  Madre del Redentor. A muchos parecerá que hablo de un va delado,  
 peculiar, una profecía de milagro. Pero no acertaríamos en absoluto de esta manera.  
 Hay que tener en cuenta que en Israel la mujer, el ama o la futura ama  
 de casa, la esposa,  <sup>la madre</sup>  tiene gran entera en los negocios de su pueblo. Re-  
 cordemos a Débora, a Abigail, la misma Judith o Ester, la madre de los profetas,  
 y aun en los tiempos post-bíblicos grandes ejemplos de virtud heroica dadas por la  
 mujer israelita. Y no se cree que aquí poseamos el acierto en el problema político  
 judaico, sino en el religioso, que, claro está, tiene sus relaciones en aquel. La  
 mujer hebrea,  <sup>piadosa</sup>  en aquella coyuntura histórica,  <sup>cuando</sup>  meditar mucho, noche y día,  
 en la profetiza victoria del Señor, se precisa que todo el universo humano  
 confiese la gloria del Señor los tres siglos; había de rogar y sufrir por la  
 salvación de Jerusalén,  <sup>máximo exponente del amor del Señor en</sup>   
 <sup>el mundo</sup>  y el cual sería un gran  <sup>servicio</sup>  toda la santa alabanza de Is-  
 rael estaba como anulada a esta maravillosa  <sup>operación</sup>   <sup>misteriosa</sup>   <sup>y</sup>   <sup>los</sup>   
 momentos de la Patriarcal y de todos los días de Israel han como un  
 año para este imprevisto  <sup>de los grandes del Señor</sup>  He aquí que  
 Israel era como la desgracia del Señor, era un Suleimán, y no hubo en  
 reves, faltas, exilios, el Señor ya le había purgado y le había perdonado.  
 Pero ¿ cómo sería posible todo este horizonte de leticia espiritual dentro  
 de aquel apuroscario escenario febril que, como le halla en Jericó, ante  
 nazale trajera a Israel? He aquí que los últimos representantes  
 de los Ammonitas ya no eran sino unos instrumentos de los  ~~gentiles~~  gentiles, de  
 los griegos y de los romanos; la raza de los hebreos ya estaba del todo des-  
 tada, pues se había anulado y substituido a los pies de los  <sup>extranjeros</sup>   <sup>vencedores</sup> , a  
 fin de poder conservar su primacía, tan precaria como cari nominal  
 en Israel.

Pero la religion de los Padres, de los Profetas, de los Salustios, con su cla-  
moso mensaje redentor, de una selecta albagia que se moviera en la jura-  
ra del Señor, estaba siendo objeto de encarnio entre aquella hierocracia paga-  
nizada, materializada, disoluta y ambiciosa, jamás los descendientes de los  
exilados de Babilonia se encontraron en tal bochornoso espectáculo, y por  
voluntad de desahucio, sin extranjeros, sin idumeos, sin Herodes, ni haber sido en  
el imperio poder, a costa de perfidia y de envilecimiento ante Roma,  
y sin especie <sup>sacrificios</sup> ~~heretico~~ al César Augusto, cuya estatua se levantaba  
imperial ante los humillados <sup>op</sup> de los judios, como pretencia a traer  
a esta hierocracia, el Templo y la ciudad. La herencia de los pios  
y humillados en Israel impia y se sentia prohibida en lo intimo de  
su alma.

Fuente: *Historia de Israel*, p. 412

1  
Sobre el sentido de lo caro, de la seriedad en el Prillie, como el  
supremo bien ético objetivo, la suprema excelencia espiritual, que consti-  
tuye, para nosotros, el <sup>(de Dios)</sup> tránsito del Señor, la historia, desenvolvimiento  
de lo Prillie está irrevocablemente unida, tanto en la con-  
ciencia del pueblo hebreo, como de los egipcios, griegos y judíos y  
cristianos. (1) Esta caridad, <sup>caridad</sup> <sup>hace</sup> de la justicia y bondad de Dios,  
diferenciaba todo coelo al Señor respecto de todas las concepciones  
divinas de los pueblos paganos, los cuales no eran más que diviniza-  
ciones de las fuerzas de la naturaleza, un verdadero panteón  
naturalista.

La propiedad arcaica concepción de la caridad u adivante en los pro-  
phetas y en los salvadores, viene en un sentido de máxima excelencia mo-  
ral y espiritual. El Señor no sólo es justo, bueno, sino <sup>(longinquo)</sup> que es perdo-  
nador, redentor, de modo que su providencia actúa para instaurar en  
este mundo un orden de caridad como trasluciendo <sup>(propio)</sup> el orden divino. El  
sentido del <sup>(Señor, como)</sup> Dios redentor, <sup>(Israel como)</sup> el pueblo redentor, se abonda cada vez más,  
sobre todo a la luz de las esperanzas messianicas que han de abrir los ojo-  
ros de la bondad y caridad del Señor. La relativación de S. Juan Ban-  
tista a Jesús: He aquí el Agnus Dei que quita la pasión del  
mundo <sup>(2)</sup> nos revela todo el envolvente operante de redención  
del pueblo judío. Este avivamiento del Redentor Jesús

(1) Cf. J. Goma.

1  
al Cordero de Dios, el Agnus Dei, cuyo sacrificio venia a  
quitar los pecados del mundo, es maravillosamente emocionante,  
y sale como un rayo, como una saeta del fondo del alma  
judaeica, para penetrar en los entresuenos más íntimos de nues-  
tro corazón. A través de tantos siglos la revelación del Plan  
hasta Jesús nos envuelve tanto como punto <sup>nos</sup> ~~hacemos~~ a los  
agentes, y nos revela las ansias caritativas de la redención re-  
dentora entre el pueblo de juda.

Este sentido de redención, espiritualista y santo, del pue-  
blo judío, como co-redentor del Señor, no se apejó con el  
largo exilio de los judíos, a través de la Edad Media y Edad  
Moderna. Siempre se ha sentido como asociado con Dios en la obra  
de redención del género humano, y así se ha ofrecido como vícti-  
ma expiatoria ante todo entre los Celibes y Herederos. La

leyenda de la generación de hombres justos que venían a cum-  
plir una misión como de redención, se ha mantenido viva has-  
ta nuestros días, y ahí está la novela "Premio Encuentro (1959)" de  
Schwarzbart, "Le dernier juste", que ha venido a conmemorarla.

Amable J. y Encuentro

5  
La humanidad.

Conviene captar todo el particular contenido espiritual del mensaje angelico de la Anunciación, y lo que levanta el despliegue cantativo de los bendiciones del Señor, pero sin agotarlo del todo: o sea, afirmar y embriar la <sup>vida</sup> vida de fe y esperanza por el Señor, pero no más informe más sobre ello: da a las a la fe y a la esperanza para sostenerla en vuelo hacia Dios, pero deja siempre un margen de incógnita, como alimentando aquella vida espiritualista de fe. Y este índice de fe y esperanza, y que no da fría información conceptual, lo percibimos en el relato evangélico de la Infancia, tanto en la virgen Marcan y en su desposado José, los cuales se notan, exultantes y obligados, a este superior vida espiritual de fe y esperanza que recibe de abundancia en el mensaje de la Anunciación;